



**Salida y Voz: entre el espacio privado y
el espacio público¹**

Artículo sometido por invitación de la Junta Editora

Recibido: 29 de noviembre de 2009

Francisco A. Catalá Oliveras

Catedrático

Universidad de Puerto Rico

¿Qué sendas transitará el pueblo puertorriqueño? ¿Cuáles son nuestros posibles escenarios de futuro? ¿Convertiremos la política en el instrumento para que lo necesario sea posible? Pensamos en Puerto Rico como nación, como país, como una comunidad asentada en un espacio vital y cultural compuesto por personas que, con sus desplazamientos, contradicciones y diferencias, comparten cierto sentido de pertenencia y, como mínimo, intuyen la inevitabilidad de cargar con éste durante el resto de sus días.

¹ Lección Magistral, Universidad de Puerto Rico Recinto de Bayamón, 29 de octubre de 2009.



Naturalmente, también hay que tomar nota de que otros piensan e imaginan a Puerto Rico de diferentes maneras. Todas las visiones, para bien y para mal, forman parte de la fragua en que se cuaja el porvenir. En dicha fragua se mezclan salidas, voces, lealtades y deslealtades.

En innumerables ocasiones los seres humanos enfrentamos la disyuntiva de callar o hablar, de consentir o protestar, de irnos o quedarnos. Dependiendo de la opción que escojamos, o de la que realmente esté a nuestro alcance, así se definirá nuestra vida y así se configurará nuestra familia y nuestra sociedad. Albert Hirschman, uno de los economistas que más ha aportado a la teoría del desarrollo, le dio dimensión analítica a este juego de opciones.

A lo largo de la segunda mitad del siglo veinte Hirschman se dedicó a estudiar el desenvolvimiento económico y cómo éste puede traducirse en una sociedad sana con más altos niveles de vida. Su rica experiencia – judío alemán que escapa del infierno nazi y que luego se desempeña como profesor en los Estados Unidos e investigador en América Latina – propicia que aún sus trabajos técnicos reflejen gran comprensión de la diversidad cultural de nuestro mundo. Su obra también trasluce cierto rompimiento con las fronteras disciplinarias, lo que le permite conjugar la economía con otras disciplinas, como la sociología y la



psicología. En un excelente ensayo publicado en el año 1970 acuña la dicotomía de “salida y voz” que luego aplicará a diversos objetos de estudio.¹ Por “salida” entiende la opción de escape, ya sea buscando un proveedor alternativo o rompiendo una relación o emigrando del país. La “voz” se define como expresión pública que demanda acción.

La salida y la voz pueden, aunque no siempre, debilitarse mutuamente. Generalmente es la salida la que ahoga a la voz. Hirschman ofrece varios ejemplos para ilustrar este punto. En la instancia del mundo económico se refiere a la facilidad con que los especuladores compran y venden acciones en la bolsa de valores. Estas salidas, características del mercado financiero, les permiten a los accionistas divorciarse de la gestión empresarial o del ejercicio de la voz en la economía real. En otras palabras, la salida de la especulación en el mercado de valores desplaza a la voz de los actores en los procesos propiamente productivos, raíz de la crisis financiera traducida luego en una recesión generalizada.

Para los individuos que intercambian acciones y bonos en la bolsa de valores la inversión se concibe como algo líquido o nominal. El frenesí especulativo hace que la propiedad sea de corto plazo. La perspectiva de largo plazo cede ante la urgencia de la ganancia a corto plazo, indiferente ante las consecuencias ecológicas



y humanas. Sin visión de largo plazo es imposible, por definición, el compromiso con lo que sea o con quien sea. Predomina entonces la preferencia por la transacción rápida, que no crea ataduras prolongadas ni difíciles de romper. Se busca siempre la salida fácil y rápida. En otra dimensión completamente distinta la voz sería el esfuerzo, el compromiso y el continuo diálogo en que se fundamenta una relación de pareja, mientras que la salida podría representarse por la vocación para la aventura fugaz carente de compromisos.

John Maynard Keynes, padre de la macroeconomía moderna, advirtió hace muchas décadas el riesgo del dominio de las “salidas” del especulador sobre el ejercicio de la “voz” del empresario emprendedor: “Los especuladores pueden no hacer daño cuando sólo son burbujas en una corriente firme de espíritu de empresa; pero la situación es seria cuando la empresa se convierte en burbuja dentro de una vorágine de especulación”.² El objetivo que prevalece entonces, planteó Keynes con amargura, es “ganar la delantera . . . ser más listo que el vulgo y encajar la moneda falsa o que se está depreciando a otra persona”.³

Para Keynes estaba clara la contradicción entre la propiedad nominal de corto plazo del especulador y la propiedad real y fija de la comunidad. El vínculo de ésta con su base productiva no se disuelve en el corto plazo. También identificó



con igual claridad la solución: “Espero ver al Estado, que está en situación de poder calcular la eficiencia marginal de los bienes de capital a largo plazo sobre la base de la conveniencia social general, asumir una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones”.⁴ Es decir, ante las salidas de corto plazo del sector privado Keynes proponía el ejercicio de la voz con perspectiva de largo plazo del sector público. Es evidente que Keynes no circunscribe la gestión del Estado al manejo de políticas fiscales y monetarias orientadas a influenciar la demanda agregada con el fin de estabilizar el mercado. Trasciende esta intervención indirecta al postular la organización directa de las inversiones. ¿No es precisamente esto lo que muchos gobiernos han estado haciendo para salir de la presente crisis económica? ¿No es, por ejemplo, lo que ha hecho el gobierno federal de Estados Unidos para rescatar la industria automotriz? Quizás carecen de la coherencia teórica y de la contundencia política de Keynes, pero con sus particulares restricciones y vacilaciones, dando aquí y allá tropezones, han retornado al camino cuyo mapa éste trazara en el año 1936. Huelga advertir que no todos siguen tal camino. Abundan las salidas y los desvíos.

Al acuñar la dicotomía de salida y voz, Albert Hirschman consideró a la primera como si fuera un bien de consumo individual mientras que a la segunda le



adjudicó características de consumo colectivo. Una constituye una decisión básicamente privada; la otra es una actividad esencialmente pública. Basta ejercer la voz para que se convierta en bien público que genera beneficios más allá de los que la ejercen. Así, por ejemplo, las demandas por un mejor ambiente constituyen ejercicios de voz que benefician también a los que permanecen mudos o indiferentes.

Cuando las naciones se desdibujan, cuando las comunidades se debilitan, se torna difícil la acción concertada para enfrentar problemas sociales. Al irse apagando la voz, que es palabra y acción política, domina su antítesis: la salida. Los problemas que requieren de acción colectiva para su solución se delegan paulatinamente al ámbito individual. Así, ante la criminalidad se recurre a la paradójica “salida” del encerramiento en casas protegidas por guardias privados; ante las fallas de agua y luz se comienza a instalar cisternas y plantas eléctricas domésticas; y ante la pobreza de la escuela pública se opta por la salida de la escuela privada. Estas salidas provocan una deserción de aquellos que probablemente disponen de más recursos para ejercer la voz. No lo hacen. Se refugian en salidas que, aunque bien intencionadas y muy razonables desde la óptica individual, sólo son paliativos que no solucionan los problemas de fondo.



Ni la criminalidad, ni las fallas en los servicios públicos ni la insuficiencia educativa pueden confrontarse efectivamente a nivel social con salidas individuales. Y menos si tales salidas, por los recursos que requieren, segmentan la sociedad y tornan abismal la distancia social y la desigualdad. La intensificación de los problemas es inevitable si la gestión colectiva, la voz política, no se convoca adecuadamente para enfrentarlos.

Poco a poco la cultura del individualismo se apodera del país, muy a tono con un espacio de consumo público mezquino junto a un espacio de consumo privado glotón. Baste citar, a manera de ilustración, la carencia de un sistema de transportación pública y, por lo tanto, la necesidad de valerse del sistema de transportación privada más caro e ineficiente del mundo: tres millones de automóviles privados para 3.9 millones de habitantes en un territorio de unos 9,104 kilómetros cuadrados. En Dublín, capital de Irlanda, el 25 por ciento de los trabajadores utilizan la transportación pública. En Singapur tal indicador es de 63 por ciento; en Sao Paulo es 45 por ciento. Mientras tanto, en San Juan es de sólo 5 por ciento.

Otro ejemplo que ilustra la pobreza de la voz y la riqueza de la salida es el contraste entre las escuelas y los centros comerciales. La educación pública en



Puerto Rico, la que se dice que goza de la más alta prioridad, es, a todas luces, inadecuada. Parece estar en estado de sitio por la inadecuación académica, la falta de materiales, la insuficiencia infraestructural y por todos los problemas sociales que se puedan concebir. Ese sistema escolar, que en ocasiones parece que está a punto de colapsar, coexiste con unos espaciosos y atractivos templos de consumo individual que se han convertido en el punto de referencia obligado a lo ancho y a lo largo de todo el país. Uno, el espacio público que provee el servicio de educación, sostenido por nuestras contribuciones, refleja deterioro; el otro, el espacio privado que provee bienes de consumo individual, sostenido por nuestros gastos, refleja auge. ¿Por qué? Porque en efecto la prioridad reside en el segundo. ¿Por qué? Porque la voz a favor de la educación ha degenerado en consignas vacías mientras que la salida hacia el centro comercial se ha convertido en un escape conveniente y necesario.

La prioridad a favor del espacio privado en detrimento del espacio público se refleja en los prejuicios respecto al papel del Estado en la sociedad. Éstos se han puesto de manifiesto en la discusión en torno al tamaño del gobierno de Puerto Rico. Se postula como premisa irrefutable la existencia de un problema de “gigantismo” o elefantiasis gubernamental sin mayor análisis y sin referirse a las



variables de rigor. Si tomamos como punto de referencia el número de empleados públicos (gobierno central, corporaciones públicas y municipios) como proporción de la población total advertiremos que dicho coeficiente (siete por ciento) es igual o menor en Puerto Rico que en numerosos países y que en 36 de los estados federados de Estados Unidos. El problema radica en la extraordinaria paradoja de que el trato privilegiado al espacio privado no ha estado acompañado de suficiente generación de empleos en la empresa privada. Coexiste, por tanto, un alto nivel de desempleo con una tasa de participación laboral en extremo baja.

Además, la raíz del problema fiscal no está en el gasto, sin que esto signifique la inexistencia de excesos provocados eminentemente por un largo historial de favores políticos y de bolsillos de ineficiencia, sino en el progresivo debilitamiento de una base tributaria erosionada por la concesión de privilegios y por la evasión. Baste citar tres piezas de evidencia.

La primera es la reducción del cociente de contribuciones netas sobre el Ingreso Nacional Bruto. Éste se ha reducido de más de 16 por ciento a cerca de 12 por ciento durante el transcurso de los últimos diez años. Si en estos momentos dicha proporción fuera la que prevaleció hace solamente una década la recaudación



excedería en alrededor de \$2,500 millones a la estimada por el Departamento de Hacienda.

La segunda pieza de evidencia es la constante disminución de la tasa efectiva media del impuesto sobre ingresos de corporaciones y sociedades. Sobrepasaba el 15 por ciento en los inicios de la década de 1970 mientras que durante la década en curso se ha desplomado a menos de 7 por ciento. Esto obedece, aparte de los beneficios de que gozan las llamadas empresas “exentas”, a la multiplicación de exenciones, créditos y deducciones que cobijan a las empresas denominadas “especiales”. No en balde en el estudio co auspiciado por el Centro Para La Nueva Economía y por la Brookings Institution se concluye que en Puerto Rico “el impuesto regular sobre el ingreso de las corporaciones básicamente aplica por excepción”.⁵

La tercera pieza de evidencia nos remite a la evasión. Los estudios realizados acusan evasión significativa en la contribución sobre ingresos así como la existencia de una economía informal de considerable tamaño.⁶ La más reciente evidencia de este vicio, en la que se conjuga la evasión con la deficiente fiscalización del Departamento de Hacienda, es la baja tasa de captación del impuesto sobre venta y uso (IVU): gira en torno al 50 por ciento. Valga recalcar



que tanto la evasión como la economía informal pueden catalogarse de salidas ilegales que menoscaban el espacio público.

Suponemos que debe estar bastante claro que no es el tamaño del aparato gubernamental lo que nos preocupa sino la dimensión cuantitativa y cualitativa del espacio público, el que hace posible el consumo de carácter colectivo. La discusión en torno a las políticas que privilegian el consumo de bienes privados o individuales en perjuicio del consumo de bienes de carácter público o colectivo siempre ha estado presente en la disciplina de la economía, aunque, claro está, con diversos matices teóricos y normativos. En una obra muy conocida, La sociedad opulenta, publicada en el año 1958, el economista John Kenneth Galbraith acusa la pobreza relativa del espacio público en sociedades, como Estados Unidos, que cuentan con un ostentoso espacio de consumo privado.⁷ Esto se hace patente, por ejemplo, en la coexistencia de una clase “médico-indigente”, que prácticamente carece de servicios de salud, con la oferta, para el que la pueda sufragar, de servicios de salud privados que se distinguen por su sofisticación. En estos momentos éste es, precisamente, uno de los temas centrales de discusión en el Congreso de Estados Unidos.



Cuando nos referimos al espacio público no nos circunscribimos a la provisión gubernamental de bienes como la educación, la salud, la transportación, los servicios infraestructurales y la seguridad. Se trata del espacio en el que es posible la interacción social; se trata de las sendas que hacen posible la acción colectiva; se trata de las actividades que trascienden las paredes de las casas y las puertas de los automóviles; se trata de la comunicación que no puede resumirse ni en el televisor ni en la red cibernética. En fin, se trata de los hilos vinculantes que hacen que las personas constituyan comunidades.

Hace poco un incidente entre los estudiantes y la policía dramatizó la pobreza del espacio público. Los estudiantes intentaron “reivindicar” sus derechos en la Avenida Universidad de Río Piedras. La llamada avenida es una calle mediocre con negocios aun más mediocres. Carece de cafeterías al aire libre, de librerías, de galerías, de verdaderos restaurantes y de buenas barras. Pero esa calle es el espacio de diversión de los estudiantes universitarios. ¿Qué otro espacio iban a reivindicar?

Estamos en un recinto de la Universidad de Puerto Rico. Se dice que la responsabilidad de las universidades puede resumirse en dos funciones sociales: servir y desafiar. En ambas funciones se utiliza el mismo instrumental: la



enseñanza, la investigación, el análisis crítico, el diálogo . . . En otras palabras, la Universidad es un espacio privilegiado para el ejercicio de la voz.

Ingresé como estudiante a la Universidad de Puerto Rico en el primer quinquenio de la década de 1960. Entonces las clases comenzaban en los salones, continuaban en los pasillos, se extendían hasta el vestíbulo o “lobby” y culminaban en los quioscos. La discusión entre profesores, entre estudiantes y entre unos y otros era continua. Cada día le impartía sus particulares luces.

Se trataba de una comunidad universitaria residente en la que tanto profesores como estudiantes eran “de tiempo completo”. Se vivía en la Universidad. El ritmo frenético del mercado ha alterado las normas de convivencia de esta comunidad. El diálogo entre colegas y el complementario a las clases formales es ahora, si alguno, entrecortado. Los estudiantes y los profesores entran y salen del Recinto en función de compromisos contractuales ajenos a la gestión universitaria. La comunidad se ha tornado flotante. El “tiempo completo” sólo existe nominalmente. No ha sido sustituido por el “tiempo parcial”, sino por la prisa. En consecuencia la voz universitaria se ha debilitado.



Cuando no hay lazos comunales fuertes se hace muy difícil la acción colectiva para resolver problemas sociales. Entonces la voz es sustituida por la salida individual como única solución. Desafortunadamente, los problemas de carácter colectivo no pueden resolverse con salidas individuales. La humanidad enfrenta dos grandes retos: uno es ecológico y otro es socioeconómico. No podremos estar a la altura de los mismos si los lazos sociales, desde la familia, la nación hasta la comunidad internacional, se desintegran.

Retornemos a las preguntas iniciales. ¿Qué sendas transitará el pueblo puertorriqueño? ¿Cuáles son nuestros posibles escenarios de futuro? ¿Convertiremos la política en el instrumento para que lo necesario sea posible? La contestación no puede ser más sencilla: dependerá, con las restricciones de rigor, de nosotros. Dependerá de si nuestra voluntad se orienta a ejercer la voz o a escapar por la salida; dependerá de si decidimos conquistar el espacio público, el que nos pertenece a todos, o si optamos por el refugio privado.

Naturalmente, en toda sociedad que crea ser democrática ni se deben cerrar salidas ni se deben silenciar voces. Sería absurdo emular la trágica experiencia de los regímenes que a lo largo de la historia han intentado, e intentan, ambas cosas. Necesitamos bienes de consumo individual y bienes de consumo colectivo.



Necesitamos el espacio privado y el espacio público. Necesitamos la salida y la voz.

Lo importante es evitar que la salida degenera en fuga inútil y la voz sea reducida a grito impotente. Hay que cuidarse de las instituciones que hacen de la salida, sea real o imaginaria, una opción que enmudece a la voz. Es peligroso no distinguir el silencio prudente del silencio cómplice. No se cuenta con una receta infalible para diseñar el balance institucional adecuado para las opciones de salida y voz. No obstante, es evidente que la voz se apaga si no se usa. El estímulo radica en la lealtad que se sienta hacia el país. La lealtad, como dice el economista Stephen Marglin refiriéndose al amor, es un bien público absoluto, un bien de mérito que crece cuando se usa y se desvanece cuando permanece ocioso.⁸ También lo son la igualdad, la integridad, la libertad, la buena convivencia, la solidaridad, el respeto a la naturaleza y la sensibilidad hacia la justicia y la belleza.

La desactivación gubernamental, la claudicación de la responsabilidad pública, el crimen y la consecuente inseguridad están devorando lo poco que resta de espacio público. Sin éste, la comunidad colapsa, degenera meramente en casas y establecimientos contiguos. Domina entonces la relación contractual entre actores mercantiles y no la relación social entre ciudadanos. Tenemos que encontrar



sendas de acción que permitan pasar de la comprensión de los problemas y de la articulación de soluciones potenciales a la realización de mecanismos concretos de gestión pública.

Ni el ejercicio de la voz requiere necesariamente de actos heroicos ni el enriquecimiento del espacio público significa la conquista de la utopía. Los héroes, si no hay comunidad, se quedan solos; y las utopías no son otra cosa que lugares inexistentes. Basta con la responsabilidad y la lealtad de mujeres y hombres normales comprometidos con el futuro de su país, capaces de construir buenos andamios institucionales para sostener a una sociedad sana. Estas mujeres y estos hombres tienen que ser convocados.



Referencias

1. Albert O. Hirschman, Exit, Voice and Loyalty, Harvard University Press, Cambridge, 1970.
2. John M. Keynes, Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero, Fondo de Cultura Económica, México, 1971 (primera edición en inglés, 1936), pág. 145.
3. *Ibíd.*, pág. 142.
4. *Ibíd.*, pág. 149.
5. James Alm, “Assessing Puerto Rico’s Fiscal Policies”, en The Economy of Puerto Rico, Restoring Growth, ed. Susan M. Collins, Barry P. Bosworth y Miguel A. Soto Class, Brookings Institution Press, Washington D.C., 2006, pág. 331.
6. *Ibid*, pág. 353.
7. John Kenneth Galbraith, The Affluent Society, Mentor Book, New York, 1958.
8. Stephen A. Marglin, The Dismal Science, Harvard University Press, Cambridge, 2008, pág. 18.